

EUGENIA

Yo voy contigo á Querétaro; yo voy á ver á ese hombre, yo necesito...

JOSEFINA

... que con sus estúpidas ñoñerías te ha dado ideas del mundo y de la vida, que nunca habrías tenido á mi lado... Pero, ven, ven conmigo, que tiempo sobraré de que hables con el pobre gafo y de que te reconcilies con tu marido y de...

EUGENIA

Pero, ¿cómo voy á decirle todo, si subsiste el motivo para callarlo?

JOSEFINA

¿El motivo? No lo entiendo...

EUGENIA

Mi propósito de no comprometerte de ninguna manera ante quien deseo que te mire como debe mirarte...

JOSEFINA

¡Pero, chiquilla, tú eres tonta! ¿que me vas á comprometer á mí, cuando tu marido ha de saber mi vida y mi

lagros tan bien como las sabe toda persona bien nacida? ¿Qué cosas tienes, Génie de mi alma! Vé, vé á reconciliarte con tu jaguar y tráele al redil y conviértele en cordero, que en eso nadie resulta perjudicado; aunque si te he de decir la verdad, ganas me sobrarían, de no ser tú quien estuviera de por medio, de calentarle un poco las orejas y de propinarle un disgusto como se lo merece; bien me dió tabarra en los días del sitio y en los que siguieron á la caída de la plaza, poniéndome carne de gallina y extendiendo el infame remoquete de don Gil de las Calzas Verdes...

(Eugenia ya no oye más; se mete al interior de la habitación y se oye desde la escena que grita alborozada: «Mamá, mamacita de mi alma; me marchó á Querétaro á ver á Miguel; ya está todo arreglado, ya está todo listo; ¡loado sea Dios!»...)

## ESCENA SÉPTIMA

MAXIMILIANO, TUDOS, FOREST, HOORICKS, LAGO, MAGNUS.

Celda del emperador Maximiliano en el convento de las Capuchinas; Maximiliano, enfermo de la terrible disentería que padeció constantemente, se halla en cama, vestido apenas con una especie de americana sin cuello y llevando pantalones claros de paño. Se levanta de la cama de tiempo en tiempo para sentarse en un sillón en la puerta de la celda y aspirar el aire del corredor, que, viciado y todo, le proporciona al prisionero algo de alivio que ha menester. Dormita en una semisomnolencia pesada y triste cuando entra su fiel criado Tudos y lo despierta sin extremos á fin de que no se sorprenda.

TUDOS

Sire, ahí se encuentran muchos caballeros que desean hablar con Vuestra Majestad, y que dicen traen autorización de Escobedo...

MAXIMILIANO

Ya sé; debe de ser el coronel Altamirano, que estuvo á verme ayer y que habló largamente conmigo acerca de muchas cosas... Es uno de los hombres más eminentes del país, y me dijo que opina quedarán muchas de mis leyes... Es un consuelo saber que la parte mejor de la persona subsista á través del tiempo... *Non omnis moriar...*

TUDOS

Dicen que son los representantes de las potencias en México... Yo sólo conozco al señor barón de Lago, nuestro ministro en Austria.

MAXIMILIANO

(Reanimándose.)

Decidles que pasen, decidles que entren, que ellos me traen la salvación, la felicidad, el indulto ó la fuga... Que pasen...

(Entran el barón de Lago, M. Hooricks, M. de Forest y el señor Curtopassi que, tras de las reverencias habituales, empiezan á tratar de la cuestión que más debe preocuparles á todos.)

FOREST

Sire, vengo en vez de mi ministro, M. Dano, que no pudo obtener autorización para salir de la capital... Mi superior...

MAXIMILIANO

Seáis bien venido.

(Le echa los brazos al cuello.)

Representáis para mí, á la nación más simpática del orbe, á la que entraña el summum del poder, de la cultura, de la grandeza y de la inteligencia... ¡Quién se viera en Francia saboreando aquel vino que parece tener disueltos átomos de su sol privilegiado, oyendo la cháchara de sus mujeres y contemplando esos espectáculos de París, que no tienen comparación con nada de lo que la mente humana ha inventado!... Seáis bien venido...

(Echa los brazos al cuello de cada uno de los diplomáticos que llegan y les invita á sentarse en las sillas de paja que introduce un cabo de los de la custodia. Tras una breve y amistosa charla en que toman parte todos los diplomáticos y en que el Emperador también echa su cuarto á espadas, Hooricks se va al bulto.)

HOORICKS

Decís bien, Sire, hay que tener en cuenta todos los factores de un problema, y aunque no se atreverán—¡qué habrían de atreverse! — los republicanos á intentar nada

contra la persona de Vuestra Majestad, bueno es estar prevenidos, que con eso nada se pierde...

MAXIMILIANO

¡Jesús, qué mirajes tan fúnebres presentáis al pobre prisionero! ¿Conque nada menos hay que hacer testamento? Porque ó yo me engaño mucho, ó eso es lo que me proponéis...

HOORICKS

El testamento, no es la muerte, Sire, sino...

MAXIMILIANO

Que me place; dispuesto estoy á hacer mi última voluntad, que si no se llega á ejecutar porque yo siga vi- viendo, servirá, al menos, para demostrarles á las perso- nas favorecidas el cariño con que las miré... Vos tendréis la pluma y yo os dictaré... Es justo que llevéis la carga de vuestra propia invención...

HOORICKS

Estoy dispuesto, Sire...

MAXIMILIANO

Ante todo, debo deciros, que deseo se escriba mi histo- ria, que se dé cuenta al mundo de las cosas que he reali- zado para que la posteridad oiga los cargos y los descargos

que tengo que presentarle... Hay que poner en la picota á muchos... hay que honrar á algunos, hay que decir la verdad en todo...

HOORICKS

¿Y quién deseáis, Sire, que escriba ese libro de repa- ración, de justicia, de...?

MAXIMILIANO

El Ministro Ramírez, que es hombre disertó, leal, en- tendido, hábil... Aunque á decir verdad no encuentro que su timidez fuera buena para una tarea de índole tan prin- cipal... Escribirá el libro mi pariente Joinville. Un ma- rino comprende mejor que nadie á otro marino... Pero, esperad, ya tengo mi hombre; el padre Fischer, que está al tanto de mis secretos, que me conoce tan bien, que tan bien sabrá dar cuenta de los móviles de mi política... Pero es tan venal, tañ mal reputado, tan necio...

LAGO

Sire, me parece que esa tarea la puede desempeñar con más gusto y más amor que nadie, un príncipe de la casa de Austria, un deudo vuestro, un hombre de vuestra sangre...

MAXIMILIANO

(Displícete.)

Para estas cosas, mi querido Lago, me fío poco de las

gentes de mi casa... Pero, calla, ya tengo mi candidato; el príncipe Salm; escribid, Hooricks, que ordeno se ministren los datos y documentos que necesite á mi amigo y compañero el príncipe Félix de Salm-Salm...

LAGO

Sire, un aventurero, un hombre mal reputado...

MAXIMILIANO

(Con enojo.)

Será el príncipe Salm, y ya está dicho... Vamos ahora á los legados... Dejo al conde de Flandes, mi hermano político, y más que mi pariente, mi amigo íntimo, el reloj que uso en esta prisión;... á la emperatriz heredera del Brasil, le dejo esta medalla bendita que recibí de mi desgraciada madre... Una vez, Su Majestad me dió esta medalla milagrosa que le había entregado Su Santidad. Parece que, mediante este santo amuleto, se libra quien le lleva de sufrir peligros y adversidades; y ya lo veis, no he logrado sustraerme de caer prisionero y de estar próximo, según dicen por allí los liberales, á sufrir la muerte... Quizás Escobedo traiga consigo otro relicario que tenga más indulgencias y gracias que éste... A la reina Victoria le lego este medallón que contiene pelo de mi pobre mujer; que le guarde con el amor con que yo le guardé en vida, pues me recuerda nada menos que la suspicaz vigi-

lancia de mi suegro el rey Leopoldo y las trazas que se dió la excelente soberana de Inglaterra para despistar la suspicacia de mi suegro... Recuerdo que fué una mañana, salíamos de Balmoral en alegre bando el Prince Citrón, Rigolo, Gales y yo cuando la reina me llamó aparte y me entregó el medallón; y como al que está contento todo le sale bien, ese día jugué como nunca al polo, gané por más de diez tantos en el cricket y me lucí en todos los ejercicios como creo pocas veces lo habré hecho en mi vida... Vos, Hooricks, que sois sportman, podéis mejor que nadie comprender mi goce de aquel día... Que vuelva á su dueño la alhaja, ó á falta de él que se entregue á la noble y bondadosa mediadora...

LAGO

Su Majestad Apostólica, mi augusto amo, desearía de seguro...

MAXIMILIANO

Esperad, esperad, que quiero antes que todo hacer algunas mandas particulares. Le dejo á Pradillo mis caballos, mis arneses, mi caballeriza de Cuernavaca y diez mil pesos... Le dejo á Pepita Varela, el piano de la Emperatriz, sus placas de la Legión de honor, cinco mil pesos y diez de los trajes que pertenecieron á su ama... A Negrete, le dejo como recuerdo mi colección de tratados de asuntos palatinos y de etiqueta... Determino se den cin-

cuenta mil pesos, y recomiendo á mi hermano la atienda y trate con el cariño que merece, la esposa de un hombre que por mí se sacrificó, á la viuda que será pronto del general Miramón, mi compañero de cautiverio y el hombre cuyas inspiraciones debí haber seguido durante el sitio si hubiera querido la salvación de la plaza... A Aquiles Lapierre, enfermo en el hospital de Querétaro, dispongo se le dé lo necesario para emprender su vuelta á Francia, si vive después que yo haya muerto, y si ya pasó de este mundo, determino se le costee un funeral decente... A la familia de Miguel López se le deben dar diez mil duros... A Pierrón se le entregarán mis insignias del Toisón... Al general don Miguel Negrete le lego una cornucopia de plata que está en mi palacio de Miramar... Al ministro Siliceo le dejo un ejemplar Elzevir de la Divina Comedia... A Cortés Esparza se le debe entregar una fuente de oro de las de mi vajilla privada... Al profesor Billimeck deben darle mi colección de himenópteros... A don Martín Castillo se le ha de entregar la suma de veinte mil pesos... Al obispo Ramírez, para que distribuya limosnas conforme á los datos y á las instrucciones que le transmití, se le deben poner en las manos cincuenta mil pesos...

HOORICKS

(Impaciente.)

Perdonadme, Sire, pero os pierde vuestro buen cora-

zón; muchas, quizás la mayor parte de esas gentes, son indignas ya no de vuestra munificencia, sino aún de vuestro recuerdo. Si nos creyeráis á nosotros, Sire, no dejaríais sumas ni objetos á personajes que merecen más vuestro desprecio que vuestra buena voluntad...

MAXIMILIANO

Callad, Hooricks, que no podéis vos, extranjero y desconocedor del medio y de las circunstancias, apreciar los móviles que me guían; mas sabed para vuestro gobierno que no hay temor ninguno de que pase lo que decís; sabed que tengo treinta y cinco años de edad, y que en ellos no he sido todavía engañado ni una sola vez... ¡Si conoceré yo á los hombres!...

EL BARÓN DE MAGNUS

(Que entra de la calle, aparenta una gran confusión y un inmenso desconsuelo; su mutación es tan patente, que todos se apresuran á preguntarle la causa.)

Una noticia, una horrible noticia; no me atrevo á comunicarla al Emperador; que quizás no sabría resistirla...

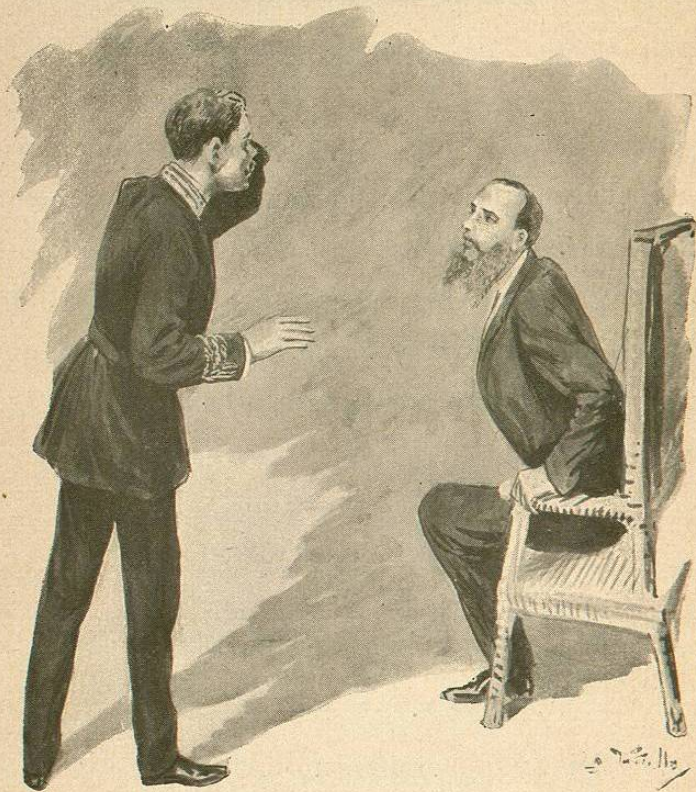
MAXIMILIANO

(Medroso.)

¿Pero qué noticia, qué noticia es esa? Decidla por Dios...

MAGNUS

La diré ya que se me exige; Su Majestad la Emperatriz acaba de morir en el castillo de Laeken...



MAXIMILIANO

(Que inclina la cabeza y permanece en silencio un buen rato, al fin se recupera y dice sorda y pausadamente:)

¡Justicia de Dios! Era el único lazo que me sujetaba á la tierra... En el cielo ha de estar, allá iré á buscarla...

(Sigue dictando.)

Le dejo al hospital de Querétaro treinta mil pesos... Lego á la beneficencia de la ciudad de México cincuenta mil duros... Les dejo á mis criados veinte mil...

HOORICKS

Quizás, Sire, conviniera que no extremara Vuestra Majestad el renglón de legados, pues su fortuna privada no le bastará para tales munificencias...

MAXIMILIANO

No, no puede ser semejante cosa; aunque mi fortuna no bastara, tengo ahora la de la Emperatriz, que es considerable; y como yo soy el único ó por lo menos el principal heredero...

(Sigue dictando mandas.)

Y al fin, aunque así no fuera, pocas oportunidades habrá de que mis herederos y legatarios entren en posesión de sus partes, pues como sabéis bien,

(Bajando la voz.)

está muy adelantado el negocio de mi fuga...

LAGO

(Saltando espantado, como si le hubiera picado una cobra en parte nobilísima:)

No digáis eso, Sire, que pueden oírnos los guardas... Hay entre ellos gentes que conocen el francés, y que han

sido colocados aquí nada más que como espías... No habléis nada que pueda comprometeros...

MAGNUS

En buena hora, en buena hora que se prepare la fuga de Vuestra Majestad; pero que no se les dé sitio en la combinación á los ministros extranjeros...

MAXIMILIANO

Todo listo; todo lo tienen arreglado el Judge Hall, la princesa Salm y... y dos coroneles que yo me sé...

(Los diplomáticos se sienten asustados y protestan que si Maximiliano no es más cauto, Escobedo les mandará fusilar á todos. El Príncipe hace un gesto de resignación que significa «ahí me las den todas», y los libres y escandalizados diplomáticos salen á la calle, quedando preso el deslumbrado Príncipe.)

LAGO

(Al bajar la escalera.)

Nos compromete á todos.

MAGNUS

Es un iluso.

HOORICKS

Diga Vuestra Excelencia ¡la palabra; es un estúpido...

## JORNADA V

Esta jornada se desarrolla en los últimos y agitados días de la vida del emperador Maximiliano. Luchan dos tendencias opuestas, aunque no igualmente legítimas, alrededor de aquel presunto cadáver; por una parte los republicanos, exaltados, ansiosos de acabar no sólo con la institución imperialista, sino con el que fué representante y cabeza de tan loca y absurda tendencia, tratan con todas sus fuerzas de conseguir la muerte del Emperador, acontecimiento que en su concepto garantiza la completa independencia de México y el triunfo de las ideas liberales.

Pero al lado de esa teoría extrema late, aun entre los mismos liberales, la otra tendencia exclusivamente mexicana de compadecer al caído, de pedir el indulto del reo, de solicitar por todos los medios posibles que la ley no se cumpla, que no se lleve á cabo la justicia, y que no se ejecute nada que resulte duro ó riguroso. Porque eso sí, los mexicanos expedimos las leyes más draconianas, más truculentas y más terroríficas; no hay nadie que nos iguale en ese afán, que de llevarse á cabo concluiría con todo lo que alienta en el planeta. Mas que el enemigo, llámese pronunciado, bandido ó insurrecto, no caiga en nuestro poder, porque ya estamos recordando los axiomas que mamamos con la leche materna: que no se debe atentar contra la existencia del vencido, que es sagrada la persona humana y que nunca conviene hacer caer sangre sobre nuestra patria ó sobre las cabezas de nuestros hijos.

Su Majestad se encuentra en un estado de inconsciencia que da mucho en qué pensar: ¿es el supremo abandono del justo que ve alejarse la vida con el placer con que vería el naufrago bien hallado en su solitario peñón alejarse la vela que ha columbrado en el horizonte, ó es la idea absurda, y que debía haber desechado ya, de que gentes de su estirpe no son justiciables porque ni se las castiga, ni se las maltrata,